

## PSICOLOGIA RELIGIOSA DE LA ADOLESCENCIA

J. M. MARTIN (†) \*

### INTRODUCCION

Considero conveniente la doble precisión del significado y del contenido.

¿Qué entendemos por psicología religiosa? Los dos términos empleados, según que nuestra mentalidad sustantive o adjetive psicología o religión, enmarcan el concepto de psicología religiosa como apéndice científico práctico de la teología, o bien como capítulo añadido a los tratados de psicología, especie de moraleja que no puede faltar en la concepción católica de la psicología. Concepción limitada y pobre.

La trayectoria histórica de la psicología arranca confundida en sus fuentes con la biología, la fisiología; sigue como tratado

---

(\*) Texto de la conferencia pronunciada en Valladolid, en el curso organizado conjuntamente por el Secretariado Catequístico Diocesano, las Escuelas del Magisterio y los Colegios de Enseñanza Media de la Iglesia.

El autor, licenciado en Pedagogía, diplomado en Psicología, se había especializado en Psicología Religiosa en la Universidad Católica de Lovaina. Era Profesor de Psicología Religiosa en el Instituto Pontificio San Pío X y en la Escuela Superior de Psicología de la Universidad Pontificia de Salamanca. Ha realizado y colaborado en numerosos trabajos de psicología religiosa evolutiva: *La oración en los niños, El concepto de pecado, La primera comunión...* La muerte le sorprendió cuando estaba a punto de terminar una importante investigación sobre los *Problemas de fe de los jóvenes*.

del alma, del espíritu, de las facultades mentales; se hunde nuevamente en la fisiológico, llevada de la mano por el empirismo de otras ciencias, buscando la sutil postura del cuerpo y del espíritu; se mutila en una psicología sin alma de rigor; se niega a sí misma en la psicología sin conciencia de Watson, y se centra finalmente en el hombre. Ni cuerpo ni cerebro pensante, ni alma o espíritu: ser concreto y completo en una situación dada.

La psicología de estructural y descriptiva pasa a dinámica y existencial (Jung, Freud, Adler...). Será, para J. Lacan, la ciencia del «corps vecu».

Mas la existencia lleva en sus entrañas una cuestión esencial: su propio sentido —enmarcado por su origen y su destino— núcleo de la psicología humana. Las actitudes, tendencias, sentimientos, comportamientos, buscan en ese sentido el objeto, la clave valoral que a ellos mismos les dé significado.

La respuesta a esa cuestión tiene que ser trascendente o, si queremos, religiosa, con esta específica significación señalada.

La psicología religiosa, según vemos, es el núcleo y el capítulo más extenso e importante de la psicología. Así, sin adjetivación, a secas. Jung nos confirmaría esto, al afirmar que todas las personas que trató, de edad superior a los 30 años, tenían centrada su problemática psicológica en la problemática de actitud o de comportamiento religioso.

He querido aclarar con esto que, al tratar de la psicología religiosa del adolescente, lo hago con toda propiedad, desde el campo de la psicología.

#### EL ADOLESCENTE

Entre todos, particularmente en nuestra cultura católico-occidental, hemos creado una mística de la adolescencia. Con acentuado matiz conflictual. Si nos hiciesen una prueba de asociación de palabras, la inmensa mayoría de nosotros uniría en un solo significado crisis y adolescencia. Se impone, aquí también, la desmitificación. No para negar una situación problemática, creada y existente, como para eliminar las causas deter-

minantes. No quiero eludir con esto las dificultades propias de la adolescencia.

La psicología, de manera fraccionada, nos ha ido dando los rasgos característicos de la adolescencia. Para De Greeft, sería el período de la «subordinación a los valores afectivos». Creo más exacto afirmar que el adolescente está, más que subordinado, dominado por esos valores afectivos. Para Maurice Debesse, será el rasgo dominante «la crisis de originalidad». Para E. Johson, «el de la experiencia personal». Para Liégé, «el del frenesí de vivir». Para Spranger, «la necesidad de adaptación». Todos estos rasgos, y otros más, podemos situarlos en la poliédrica y disgregada personalidad del adolescente.

El adolescente descubre su Yo, su Yo subjetivo más vital que aquel Yo objetivo —su cuerpo, el mundo que le rodea— realizado en la infancia, e intenta hacer de sí una unidad armónica, el ego total. Busca la integración en su dimensión individual y la adaptación en su dimensión total.

Lo religioso, como sentimiento, actitud, comportamiento, doctrina o estructura, juega papel primordial y decisivo en esta integración. Lo religioso ha venido moledando el espíritu infantil. Ha nacido como sentimiento que refleja la actitud de los padres; se ha manifestado como actitud religiosa ante la aprensión intuitiva de los valores religiosos; ha fijado su comportamiento moral; ha despertado la conciencia del bien y del mal.

Pero no siempre lo religioso, fundido con lo psicológico, discurre por los cauces de la normalidad, debido a factores personales y a características ambientales. La psicología insiste en la importancia que para el resto de la vida tienen los seis primeros años de la existencia del hombre. Primeros años en los que, definitivamente, se gesta, se configura el hombre. Período en el que hienden sus raíces la inmensa mayoría de los problemas del adulto, fraguados en dicha etapa y que permanecieron latentes en el subconsciente o inconsciente del niño para desarrollarse y manifestarse posteriormente. En la adolescencia aparecen muchos de estos ocultos problemas, y aun los específicos de esta edad tienen distinto planteamiento y resolución, debido al condicionamiento psicológico anterior.

Así, refiriéndonos ya concretamente al fenómeno religioso, en el despertar del sentimiento religioso, valerse del miedo a lo

«numinoso» y «tremendo» para efectos educativos, del pecado —ligado al castigo eterno— para objetar una conducta disciplinada, de Dios juez o de una conciencia «contabilizadora de faltas», pueden marcar el siquismo del niño de tal modo, que su vida religiosa posterior esté condicionada por la serie de variados sentimientos de terror, repulsión, culpabilidad, desprecio, desasosiego, que han motivado la equivocada conducta de padres o educadores al querer utilizar la religión como medio educativo.

#### CARACTERISTICAS GENERALES DE LA ADOLESCENCIA <sup>1</sup>

Los sicólogos ven definida la adolescencia principalmente:

A) Por los trastornos físicos, fisiológicos y psicológicos: transformación física que llega a la maduración sexual; acrecentamiento y sensibilización de la afectividad; inestabilidad sentimental; búsqueda y reestructuración de valores.

Nos interesan aquí más aquellos cambios que tienen honda repercusión religiosa en el alma del adolescente:

1) Las perfecciones internas nuevas, muy en especial las vinculadas a las excitaciones sexuales, sueños eróticos...

2) Aparición de nuevos instintos, transformación en las sensaciones y polarización de su mundo afectivo.

3) Los sentimientos nuevos más o menos definidos de angustia, inseguridad, culpabilidad, responsabilidad, dominio de sí...

4) El descubrimiento de los otros: del sexo...

B) A la maduración sexual y afectiva, se une la psicológica y mental. Se desarrolla la capacidad de abstracción y el juicio crítico. Descubre el adolescente los valores espirituales, y, por la absolutización de sus juicios, exige la encarnación espiritual, angélica, de ellos en personas e instituciones. De ahí su acentuada actitud de censura y crítica ante las imperfecciones para

1. Cabría una diferenciación referente al sexo, pero no la considero significativa en el tema que voy tratando. Además, favorece mi afirmación la cada día más acentuada indiferenciación de los sexos.

él inexplicables. Quizá intente con ello librarse de la perplejidad en que se encuentra sumido ante sus aspiraciones ideales y la fuerza de sus instintos.

El afán desmesurado de ser, de realizarse, al que se oponen las limitaciones personales y sociales, impulsan al adolescente a la evasión imaginativa, a la mentira y a la fabulación.

Desarrollo y perturbaciones físicas, que influyen en la afectividad del adolescente; desarrollo mental y crítico, que le llevan a la revisión de conceptos, personas e instituciones, centran la psicología religiosa del adolescente en dos campos bien definidos:

1. Vida intelectual y fe.

2. Vida afectiva y moral.

1. *Vida intelectual y fe.*

La adolescencia es el tránsito de usos y costumbres a la búsqueda e identificación del valor contenido en los mismos. Mucho se ha hablado y se está hablando de la crisis de fe juvenil.

El adolescente, en el entrenamiento de su juicio crítico, busca la reestructuración de la urdimbre personal de los valores. Le resultan lógicamente estrechos los moldes de sus concepciones infantiles. De la fe aceptada de la infancia, de la fe impuesta por la Iglesia, intenta pasar a la fe adquirida, personal. Profundización o ensanchamiento de la fe allí donde su asentimiento empieza a sentir la duda. Duda que en este caso sería señal de crecimiento en la fe. La fe que no crece, se encuentra segura siempre dentro del fanatismo. Lo peligroso para el adolescente está, no en hacer «razonable su fe» según el consejo paulino, sino en intentar racionalizarla. De ahí su secreta rebelión ante lo incomprendible, lo irreducible a términos lógicos, el misterio.

Al desarrollo psicológico, que implica su crisis de fe, se une hoy lo ambiental, que hace este proceso más problemático. La fe, en épocas anteriores, era más bien fe implícita, asentada sobre usos y costumbres; el pensamiento teológico existía en la cristiandad fuertemente custodiado por la estructura social y por el «anatema sit», que hacía imposible la contaminación de la masa con las doctrinas menos conformistas o heréticas. Hoy

la comunidad cristiana tiende a desaparecer, y el error corre por las mismas vías que la verdad.

A lo que antes pudiéramos llamar «crisis personal de la fe», se junta hoy «la crisis social de la fe y la crisis de la verdad». El adolescente, el hombre adulto, sentirá cierta inseguridad interior, viendo cómo los hombres significativos en los campos de la ciencia, de la filosofía, de la literatura, prescinden o niegan a Dios; o, cuando leen la prensa, las advertencias serias del Papa a cierto clero por sus errores en la interpretación escrituraria, por sus lucubraciones sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía, por la calificación de herejes a los más significados peritos conciliares... y presienten que la roca incommovible de la fe se ha hecho arena movediza en ciertas interpretaciones del magisterio. Es decir, que a las dificultades de siempre se añaden hoy otras nuevas y terriblemente radicales que todo lo ponen en duda. Pablo VI (discurso 14-VI-67) dirá que no es fácil hoy vivir la virtud de la fe. ¿Cómo sorprendernos de la crisis de fe de nuestros adolescentes, si en este aspecto el mundo ha devenido adolescente? El simple enunciado de unos títulos —«¿Existe verdaderamente el ateo?»—, como apologética contra el racionalismo de finales del siglo XVIII y principios del XIX al libro de K. RAHNER, *¿Es posible creer?*— nos ahorra extendernos en el comentario.

El adolescente duda y siente la inseguridad que le ha legado el adulto en ese mundo de ideas contradictorias.

¿En qué se traduce esa duda e inseguridad?

He querido cotejar mis años de experiencia con grupos de finalistas, en una encuesta realizada por numerosos centros de España y creo tendrán particular interés estos análisis realizados en medio escolar. He aquí algunas conclusiones que he obtenido:

1. El planteamiento de la existencia de Dios lo considero un «reflejo ambiental y literario»: como planteamiento inconsciente de la teología de la muerte de Dios. El racionalismo, el comunismo ateo, la filosofía existencialista, han penetrado en el espíritu del adolescente en forma más o menos explícita. El educador, particularmente el religioso, quizá por mero mecanicismo de defensa, intenta ignorar este hecho. Se relaciona tam-

bién este planteamiento con la existencia de Dios, con la mal llamada «desacralización del mundo». No se ha querido correr el riesgo inseguro de la fe, y así, por un lado, el hombre ha intentado asegurarse en la firmeza impersonal de lo dogmático; y, por otro, como esto tenía validez más conceptual que psicológica, ha intentado apuntalar su fe con milagros, apariciones, visiones, prácticas y tradiciones, todo un conjunto de realidades míticas, que al hundirse dejan despiadadamente al descubierto la falta de fe.

Y pensar que esto ha constituido, en ocasiones, el capítulo más importante de la catequesis de la fe, no ya del sencillo pueblo, sino de los escolares educados en centros educativo-religiosos...

2. El problema bíblico afecta a nuestros jóvenes adolescentes, en versión menor de lo que afecta a la misma Iglesia. Para muchos de ellos la biblia es «un cuento de hadas», «tiene cosas increíbles», «que, si las creen, es porque si no se condenan». Triste aceptación de una fe por el juego de la razón y del sentimiento.

No creo se solucione este problema con las teorías de los géneros literarios, y con arduas exégesis interpretativas, que no siempre llegan al adolescente, ya que no siempre está preparado para ello.

Soy partidario, en el estado actual de las cosas y tal como se presenta la Historia Sagrada a los niños, de prescindir de estos libros. Lo mítico puede quedar fijado de tal manera en el espíritu infantil, que luego sea un obstáculo para alcanzar lo misterioso-real.

3. Hay un planteamiento de la fe específicamente escolar, y que se da preferentemente en los colegios religiosos.

Es el que L. Kollingworh resumiría diciendo: «Se comienza dudando de las formas de religión, y se acaba dudando del contenido de la religión». La religión, en bastantes centros, se emplea como arma educativa, y las prácticas religiosas caen dentro del terreno disciplinario. La misa obligatoria, las novenas a los santos fundadores, el rosario, las confesiones, crean un sentimiento de rebeldía y de repulsión de la fe. Caso todavía más

directo es cuando el educador religioso no responde al tipo ideal que tiene establecido el adolescente dentro de la jerarquía de valores absolutos. Basta algún escándalo más o menos real para que la fe del adolescente se tambalee.

4. El ambiente, este ambiente de ausencia o negación de Dios, ve impregnando insensiblemente el alma del adolescente. A través de la influencia de lectura en libros o revistas divulgadoras y sensacionalistas, a través del contacto con personas no creyentes, de la misma o de otras profesiones de fe, se le plantean al joven problemas concretos en sus creencias.

Las que más han reflejado en la encuesta, son: «la idea de que todas las religiones son buenas» (relativismo religioso); que la religión católica —los católicos— no es precisamente la mejor. Consecuencia de lo que el Padre Danielou llama el «escándalo de la verdad»; y, finalmente, que la ciencia es un serio obstáculo para la fe.

5. Las dudas sobre algunos dogmas particulares tienen raíz sentimental —infierno, condenación por un solo pecado mortal— y ciertas dudas sobre la divinidad de Jesucristo, Inmaculada Concepción, Eucaristía, aparecen como marginales. El planteamiento de la fe en los jóvenes actuales es más profundo. Los jóvenes buscan el sentido de la vida, y dudan de que la religión les dé la respuesta adecuada. He aquí la cuestión, y he aquí nuestra responsabilidad: dar a los adolescentes una respuesta que ellos lleguen a oír, que logren entender; quizá sea necesario para ello el que los educadores tengamos que revisar nuestra actitud. Por nuestra formación y concepción de la religiosidad, estamos más preocupados por el sometimiento a la verdad dada, y por la práctica rutinaria de múltiples ritos, que por la búsqueda de la verdad y por la autenticidad en la vivencia y en el comportamiento religioso, preocupación de la joven generación actual. El joven de hoy es más sensible al fervor de la fe profesada que a su contenido doctrinal. Si bien corre el peligro de sustituir el punto objetivo de la verdad —¿de qué verdad— por el subjetivo de la sinceridad.

¿Puede ayudar a salvar este escollo el testimonio de los creyentes? Bueno será recordar aquí la tesis de Fracblau: «Los ado-

lescentes no rechazan los dogmas, sino las representaciones falseadas del dogma».

Como educadores debemos preguntarnos si nuestros jóvenes, nuestros adolescentes, pierden o, más bien, abandonan la fe. Muchos adolescentes sienten morir en ellos la fe, porque dicha fe no era verdadera; no estaba esclarecida. Estaba asociada (no encarnada) a ceremonias pueriles, a emociones sentimentales, a argumentos sin valor, a personas en las que han descubierto más fanatismo que fe verdadera.

La juventud nos está exigiendo otra pedagogía de la fe.

## 2. Vida afectiva y moral.

Entre los conflictos psicológicos del adolescente que han nacido de su desajuste fisiológico, adquieren especial relieve los que le crean la hiper-emotividad y el instinto sexual. Estos conflictos se relacionan con la moral y, en ocasiones, llegan a absorber la vida religiosa del adolescente. La moralidad adulta, por otro lado, parece haber reducido y concretado, de manera casi obsesiva, lo moral al tema sexual. Deformación que ha reducido el plano de la formación de la conciencia moral a la pureza. Obsesión y deformación que se ha podido apreciar más en los colegios religiosos, como señala muy bien Rey-Herme en *Mentalidad religiosa y educación*, al proyectar el educador religioso sus obligaciones votales más costosas o reprimidas en el quasimonje que inconscientemente intenta modelar.

El problema ha dejado de ser exclusivamente psicológico en el adolescente, para transformarse en religioso, cuando el sentimiento de culpabilidad extiende su manto hasta el más espontáneo e instintivo impulso sexual que siente el adolescente.

Se empezó, años atrás, por revestir su natural y exigente curiosidad —llamada por algunos eufemísticamente «interés sobre los misterios de la vida y del amor»— de un poder exagerado, de acentuada «fealdad moral», que hacía pecaminosas las sensaciones, las conversaciones informativas que sostenían con sus compañeros, al ser desatendido por sus padres y educadores.

Ya adolescente, ha sentido más la culpabilidad ante los primeros y a veces irrefrenables impulsos sexuales, ante los prime-

ros fenómenos orgánicos del desarrollo (Freud, amonesta severamente a padres y educadores que no previenen a los chicos, y particularmente a las chicas, de estas manifestaciones de madurez sexual y de sus secuelas naturales), de los sueños malos, de las fantasías eróticas, naturalmente incontrolables. Quizá acalle el educador su conciencia con aquello de que el sentir no es consentir.

Señalemos aquí que la problemática moral de la inmensa mayoría de los jóvenes se reduce a la masturbación, y que todos sus pecados parecen quedar reducidos a la sexualidad. Al educador toca darles la verdadera responsabilidad y dimensión de esas faltas, integrándolas en toda la problemática y desarreglos de la personalidad, para que muchos de estos adolescentes, ya adultos, fijados obsesivamente en la culpabilidad sexual, no agoten su sentimiento de culpabilidad en esta materia, y sean insensibles a otras faltas objetivamente de mayor importancia y transcendencia. Les recomendaría aquí la lectura atenta de las obras del médico y psicólogo Marc Oraison. No pretendo ni la tolerancia liberal, ni la indebida justificación; comprensión es la palabra. ¿Por qué no insistir más en la educación positiva del amor?

A lo tendencial se ha unido, para acrecentar la problemática, lo ambiental y costumbrista. Vivimos un mundo erotizado y erotizante que nos llega por los espectáculos callejeros, por el cine, y hasta por los anuncios de televisión, que acentúan más el desequilibrio afectivo sensitivo, influyendo en la conducta no menos que en la insensibilización de la conciencia.

Ambiente ateo o descreído, ambiente inmoral o amoral, en el que desfallece la conciencia moral. Columna vertebral de la religiosidad del adolescente, quiero terminar esta exposición haciendo algunas consideraciones sobre la conciencia moral y su formación.

#### LA CONCIENCIA MORAL Y SU FORMACION

En muchos casos se ha querido radicar principalmente la formación de la conciencia moral en la proclamación de numerosas disposiciones y prohibiciones, por medio de las cuales se

pretendía regular la vida hasta en sus últimos detalles. La decisión personal quedaba reducida a que tales prescripciones fueran aceptadas. Todo acontecimiento que saliera al paso del individuo en su vida concreta y simplificada, podía ser previsto y solucionado a partir de principios generales. Todo lo que desbordaba estos esquemas, era absolutamente sospechoso, peligroso. La actual complejidad de la vida de hoy ha barrido necesaria y afortunadamente estos esquemas, cuya pervivencia se ha refugiado en la oscuridad de ciertas mentes.

Este ha sido en nuestra España —de fe y moral más costumbrista que ideológica y personal— el criterio educativo de numerosas familias y educadores.

A los innumerables artículos de ese código moral ajustado a lo costumbrista, se unía la creación de ambientes artificiales en los que no se dieran las situaciones de conflicto. Así se protegía a los niños, pero no se les preparaba para la vida. Formar la conciencia moral se reducía a dotarles de buen acervo de fuerzas inhibitoras y represivas, erigiendo ya desde la infancia las empalizadas, tan frágiles como odiosas, y en no pocos casos caprichosas, de prohibiciones y limitación; la función de la conciencia se reducía a una especie de máquina calculadora que en prolijos exámenes de conciencia registraba sumas, restaba y multiplicaba las faltas, descuidando en la formación de la conciencia el aspecto básico de la elaboración con los demás valores de la vida, de los que deben surgir automáticamente los juicios y conductas morales.

No se trata con esto de permitir seguir arbitrariamente al adolescente su propio criterio sin consideración a ninguna norma objetiva, sino de hacerle responsable personal ante Dios, y no ante el ídolo de la ley. Llevarle luego al conocimiento de los valores morales, al de las normas que de ellos se derivan, y finalmente al compromiso personal, para que vea la ley más como vía de realización personal que como limitación de sus aspiraciones.

El adolescente necesita disciplina, pero la disciplina sólo está justificada en el sentido que le daba el liberal Rousseau, enunciando a mi modo de ver uno de los más bellos principios educativos: «Hay que obligar a los hombres a ser libres». Junto

a esta necesaria disciplina, necesita el adolescente comprensión y orientación.

Una buena educación moral es la que da al adolescente la capacidad de elegir el bien no por la fuerza sino espontáneamente. Luis Guittard nos dirá que el adolescente no puede ser religioso, sino que quiere ser religioso. El adolescente rechazará la disciplina proteccionista, que le dejará indefenso ante los problemas que le planteará la vida, y que no le resulta válida fuera del tutelar recinto de la familia o de la escuela. El turismo, los cada día más frecuentes viajes al extranjero, el trato con personas de distinta condición moral, los espectáculos, comprometen la formación de la conciencia basada únicamente en lo disciplinar.

Hay que intentar darles la razón de vivir (verdadera, universal y amplia) que les haga sentirse responsables respecto a sí mismos y a los demás, y libres, dentro de la jerarquía de valores. Responsabilidad y libertad son los frutos de la auténtica formación moral.

*A modo de conclusión.* El mundo en que hemos nacido padres y educadores, ha desaparecido; tenemos poca o ninguna idea acerca del mundo en el que se desarrolla, y más aún, en el que madurarán nuestros jóvenes.

Termino con la acertada observación que B. Häring nos hace en la conocida obra *Fuerza y flaqueza de la religión*: «Formas religiosas verdaderamente vivas en otros tiempos no son hoy sino lastre que debe ser cuanto antes arrojado por la borda. Para ello es necesario haber aprendido a distinguir entre el origen histórico-social de determinadas ideas y costumbres, y la esencia inmutable de la religión. Debido a la rapidísima evolución de las formas y estructuras sociales de nuestra época, esta tarea es hoy tan urgente como necesaria». Educadoras, educadores, una ardua labor nos espera.